TIERRA VIRGEN

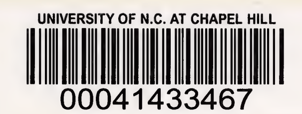
POESIAS LIRICAS

1901-1906



LISANDRO SANTELICES E.


LUX
LIBERTAS



LISANDRO SANTELICES E.

TIERRA VIRGEN

POESIAS LIRICAS
1901-1906



SANTIAGO DE CHILE
1907



Prólogo

He aquí un libro, lector mío, que lleva entre sus pájinas, como entre las hojas de un álbum, i disecadas por manos estrañas, aquellas primeras flores que en la tierra vírgen de mi alma nacieron espontáneas.

Mis versos son recuerdos i no estudios.

Son flores i no frutos.

Entre el perfume de sus pétalos marchitos vagan mis ilusiones de niño enlazadas con el hilo del ensueño a las primeras amarguras de la vida.

No soi revolucionario, i ¿cómo i por qué serlo si nadie nos oprime?

Encierro en mis estrofas la poesía íntima tal como la dictaron a mi alma la verdad, el amor i la esperanza.



Dedicatoria

Madre:

Recibe el puñado de flores silvestres que te ofrece el mas querido de tus retoños.

Lisandro.



A mi madre.

Son tus consejos, madre querida,
en este suelo do hai que luchar,
bálsamo santo del alma herida,
dulce consuelo de mi pesar!

A débil barca tú das manejo
por el temible mar de la vida,
con la destreza de tu consejo
que guía mi alma, madre querida.

Cuando azotada por la tormenta
mi pobre barca naufragar quiere,
mano invencible que allí me alienta
es tu consejo que nunca muere.

Es tan sagrada tu profecía
en este mundo desventurado,
que si te pierdo, luciente guía,
¿qué hará mi barco desorientado?

¡Ai, madre mía, te quiero tanto;
guíame siempre por este mar;
despues... tranquilos al campo santo
iremos juntos a reposar!

Santiago, 1901.



La espiga i la rosa

Junto al cerco de la choza
de un sencillo labrador,
ostentaba una alba rosa
su frescura i su color.

A sus plantas se estendia
una tierna sementera,
que a los besos se mecia
de la brisa pasajera.

—«¿Quién habrá, dijo la rosa
a la espiga mas cercana,
que se crea mas hermosa
que mi flor, por lo galana?»

«Blanca soi como la estrella;
nadie tiene mis olores;
soi la reina, pues soi bella,
de las yerbas i las flores.»—

Esto oyó la tierna espiga
i al momento alzó la frente,
i le dijo: «siento, amiga,
que a mi honor lo dicho afrente».

«Nada vale ese atavío
en que hoi fundas tu valor,
si recuerdas que en estío
será mustia i seca flor.»

«I es seguro que al mirar
nuestro dueño, que estás muerta,
sepultura te ha de dar
en el fondo de la huerta.»

«Miéntras yo, rico tesoro
del que fué mi sembrador,
vestiré mi traje de oro
en estío abrasador.»

«I despues cuando mi grano
se trasforme en alimento
iré a ser del cuerpo humano
fuerza, vida i pensamiento.»

«I si un día hasta el altar
alcanzara, por ventura,
llegaria hasta encerrar
de mi Dios la imájen pura.»

«I así, pues, amiga rosa,
algo mas es mi valor
que la esencia primorosa
de tus pétalos en flor.»

Cuantos creen, petulantes,
como la rosa del cuento,
figurar por sus brillantes
ya que no por su talento.

San Bernardo, 1901.



La muerte del poeta.

A Félix Guerrero V.

Los suaves rayos de la fresca aurora,
anunciando la luz del nuevo día,
entraban por los vidrios hasta el lecho
en que el poeta soñador yacia.

Estaba triste; su mirada inmóvil
fijábase al traves de los cristales,
sobre los verdes árboles del huerto
mecidos por las auras matinales.

Las tiernas rosas del jardin juntaban,
al roce blando de la brisa inquieta,
sus alegres corolas perfumadas
como los sueños que forjó el poeta!

¡Cuántos recuerdos de felices días
trajeron a su mente soñadora,
aquellas flores del pensil frondoso
i aquellas auras de la fresca aurora!...

Mas, todo iba a morir; ya por sus venas
sentia el hielo de la muerte insana,
fatal presajio que a anunciar venia
el fin supremo de la vida humana.

Así lo comprendió; i allá en su frente
vió apagarse la luz del pensamiento,
cual se apaga la débil lamparilla
en las naves oscuras del convento.

Vió estinguirse su vida como estingue
la razon el narcótico brevaje,
desprenderse su espíritu del cuerpo
envuelto en nuevo i celestial ropaje.

I ascender a rejiones ignoradas,
hasta ese mundo de verdad tan pura,
en que no abriga el corazon deseos,
ni se torna el placer en amargura.

....

Sólo el poeta, de su fé seguro,
la muerte espera en apacible calma,
porque sabe que existe un paraíso
a donde debe remontarse el alma.

Santiago, 1901.



Léjos del hogar.

A mis hermanos.

Siento en mi alma la nostaljia triste
de una vida mejor,
De una dicha suprema que no abriga
quimérica ilusion.

No pretendo la gloria, ni del oro
la excelsa majestad:
Sólo deseo disfrutar las horas
de mi tranquilo hogar!...

Quiero volver a la casita blanca
de mi pueblo natal,

Que ocultan con sus ramas los naranjos
cubiertos de azahar!...

Habitar otra vez mi humilde alcoba
de balcon al jardin,
Por do trepan floridas madreselvas
queriéndola cubrir.

Volverme a despertar al eco blando
del canto matinal,
Que entonan las canoras avecillas
cuando empieza a clarear.

I entónces perezoso sobre el lecho
absorto contemplar,
Cual se filtran del sol los rayos de oro
al traves del cristal.

I ya en pié, descender a la pradera
que el sol iluminó,
I vagar por los campos aspirando
sus auras con amor.

Disfrutar del grandioso panorama
la soberbia estension,
I sentirme orgulloso de mi patria
que tal cuna me dió.

I al volver mas alegre del paseo
estrechar otra vez,
Entre mis brazos a mi madre amada
como lo hacia ayer.

I en medio de la paz i de los juegos
del amor fraternal,
A la plácida sombra de los árboles
las tardes disfrutar.

I en tanto los pequeños se diviertan
pillándose entre sí,
Quiero ver a mi amada entre las flores
regando su jardin.

I otra vez en las noches placenteras
de la luna al fulgor,
Escuchar todos juntos de la ermita
el toque de oracion...

¡Oh paz dichosa de mi hogar querido,
santuario de mi amor;
Léjos de tí la vida es un destierro
de amarga proscripcion!

Bajo tu cielo sólo encuentra alivio
mi enfermo corazon;
Sólo dan el calor a mi existencia
los rayos de tu sol!

Santiago, 1901.



Todos Santos.

A la memoria de Laura.

I

La tarde ya moria! sombrío i solitario
el campo de los muertos mui pronto iba a quedar;
los deudos se alejaban, i allá en el campanario
el *Angelus* sonaba con lúgubre compas.

Las hojas de la yedrá, cual negro terciopelo
caian por las tumbas cubriendo la inscripcion
i envueltas en las rejas, alzábanse del suelo,
las viejas madreselvas de tallo trepador.

La brisa vagarosa robaba de las flores,
que ornaban los sepulcros, los muros i la cruz,
los célicos perfumes; i tristes, bullidores
sus ecos semejaban las notas de un laúd!

Veíanse a lo léjos mujeres que mui quedas
oraban en las tumbas con santa arrobacion,
i el viento entrelazando las altas alamedas
jemia entre las hojas, como ellas de dolor!

¡Qué triste es, contemplando el muscio cementerio,
saber que aquí debemos por siempre descansar,
i envuelta entre las sombras de tétrico misterio,
saber que esta es la puerta de oscuro *mas allá!*

II

Así medité entónces i proseguí el camino
por entre aquellos árboles de aspecto secular;
las tumbas blanqueaban, i el viento vespertino
las flores deshojaba del tímido rosal.

Crucé la angosta senda de altísimos cipreses
i al fin, al pié de un sauce, sentéme con placer,
estaba tan rendido! mas, del terror las heces
ante un cuadro de horrores, con penas apuré!

Yacian por el suelo los huesos esparcidos
en medio de los cardos, zizañas i humedad,
i entraban por las grietas de cráneos partidos
verdosas lagartijas de horrible fealdad!

I allí donde el cerebro ayer no mas dormia
soñando en las ideas de un bello porvenir,
buscando algun albergue, su pobre nido hacia
en ese templo en ruinas el mísero reptil.

¡Oh cielos! dije entónces, si el hombre aquí termina,
sin duda somos *obra* de un ser sin perfeccion,
si vuela el alma al cielo, entónces es divina
la esencia de la vida que Dios nos infundió!

Santiago, 1901.



Eros.

Como del sol a los rayos
En el húmedo terreno,
Nace el grano en cuyo seno
Guarda el jérmen productor;
Así en mi pecho, alma mía,
Al fulgor de tu mirada,
I por mi llanto regada,
Nació la planta de amor!

Cultiva, pues, con tus gracias
De tiernísima paloma,
Esa flor en cuyo aroma
Se extasía el corazon.

Nunca cesen tus cariños,
Ni el fulgor de tus miradas,
Ni tus frases empapadas
En dulzura i en pasion.

Mas, de tu alma la inocencia
Guarda siempre, vírgen pura,
Que el perfume a la hermosura
Se prefiere en toda flor.
Que Virtud guíe tus pasos
Pues, si ruedas al abismo,
Ya no puede ni Dios mismo
Devolverte tu candor.

Santiago, 1901.



Los cipreses

A Manuel Contreras M.

Perdió Natura sus radiantes galas,
Perdió su tinte el azulado cielo,
I el ave en busca de calor sus alas
Tiende a otro clima en presuroso vuelo.

Ya en la campiña la floresta hermosa
No luce el traje de esmaltadas flores,
Ni en busca del clavel ni de la rosa
Van enjambres de insectos bullidores.

Ya no ostentan altivos su follaje
Los álamos jigantes de la huerta...
Perdieron ya sus hojas; i el paisaje
Silencio impone ante Natura muerta!

Todo inspira tristeza! Allá a lo léjos
El campo cubren amarillas hojas,
I del sol moribundo los reflejos
Las nieves de los Andes tiñen rojas...

Sólo conservan su follaje umbrío,
Insignia del dolor i del misterio,
Presajio del sepulcro mudo i frío,
Los cipreses del viejo cementerio!

Así al hombre el Otoño de la vida
Marchita sus mas bellas ilusiones,
I persiste el dolor en su alma herida
Cual fúnebre cipres de los panteones!

Santiago, 1902.



Prisionera de amor

Preciosa virgencita,
imájen de mis sueños,
¿por qué ya no contemplo
tu frente virginal,
ni alegre me sonríen
tus labios ya risueños,
ni vienen ya tus rizos
mi frente a acariciar?

¿Por qué de tus caricias
la suerte me ha privado;
acaso soi indigno
de poseer tu amor;

acaso no palpita
por tí más abnegado,
aquí dentro mi pecho
el mismo corazon?

¡Oh, bella prisionera!
pretenden que al olvido
arrojes el cariño
que ha unido a mí tu sér;
que olvides esas frases
de amor, que yo a tu oído
en horas mas dichosas
amante pronuncié.

I el claustro solitario
te han dado por retiro,
do puedas tus ensueños
de niña disipar;
do ahogue silenciosa
el eco de un suspiro
de tu alma entristecida,
la muda soledad...

¡Oh, cielos! bien lo sabes,
sombrío es mi destino
en este mundo ingrato
por do cruzando voi;

i espinas i no flores
encuentro en mi camino,
i afrentas i desdenes
en vez de proteccion.

Mil veces he soñado
llevándote mi hermosa,
cubierta de azahares
conmigo hácia el altar;
i allí entreabrir risueño
sus pétalos de rosa,
el porvenir que un día
forjara mi ideal.

Mas ¡ai! juro a los cielos,
que un día más hermoso,
será verdad mi sueño
en premio de tu amor;
i si en la lucha muero
derramará gustoso
por tí la última gota
de sangre el corazon!

Santiago, 1902.



Allegro moderato

Unos versos, por escrito,
Me pidió cierto sujeto,
Bajo el tema algo indiscreto
Del amor i la mujer.
I como hombre que a los quince
En amores fuí portento,
Contestéle en el momento
Lo que ansiaba conocer.

El amor, le dije, amigo,
Es la fuerza que domina,
Que enardece, que fascina
El poder de la razon.

Es el fuego que del alma
Se trasmite por las venas,
Cuando el hombre siente apénas
Palpitar el corazon.

Es el dulce i tierno afecto
Que al espíritu embelesa
Cuando admira la belleza
De una májica beldad.
Es el don que la natura
Nos dió en cambio de la muerte,
Aliviando así la suerte
De la pobre Humanidad.

El amor, en fin, penetra
Hasta el ser ménos sensible,
Como efecto ineludible
De esa lei universal,
Que en la tierra, por lo ménos,
Eterniza la existencia,
I es a un tiempo luz, esencia,
Alma, instinto, bien i mal.

***

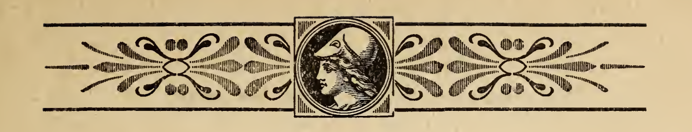
La mujer es el oásis
Del desierto de la vida,
Que á su sombra nos convida
De sus aguas a beber.

Es el néctar delicioso
Que al beberlo nos embriaga
Cuando amor su sed apaga
En la copa del placer.

Es maná que envía el cielo,
Es la tierra prometida,
Es la fruta prohibida
Por la mano del Señor.
Es la flor del paraíso
Que al poeta amante inspira,
Cuando en ella dulce aspira
El perfume del amor.

Es el bálsamo precioso,
Es la esposa inseparable,
Es la fuente inagotable
De virtud i abnegacion.
Es el cielo de Mahoma,
El orgullo del romano,
La esperanza del cristiano,
El Olimpo de Platon!

Santiago, 1902.



Claro de luna

A C. H. A.

Bello era el cuadro que alumbró la luna
con su suave fulgor,
Al rasgarse las nubes en el cielo
cual fúnebre crespon.

Junto a su alcoba entre la fresca yedra
que trepa a su balcon,
Sentados en el banco de granito,
estábamos los dos.

Ella, mui triste, suavemente en mi hombro
posaba con amor,
Su hermosa cabecita de cabellos
dorados como el sol.

Su mano acariciaba entre las mias,
i el aliento sutil
De su boca mezclábase al perfume
del clavel i el jazmin.

Era la noche víspera importuna
en que debia al fin,
Para volver de nuevo a mis estudios,
de su lado partir.

«¡Que triste es separarnos, me decia,
quien pudiera feliz,
A tu lado vivir i para siempre
tenerte junto a mí!»

«No sabes cuanto sufro, amado mio,
cuanto he sufrido ya,
Al pensar que en tu ausencia, ingrato un dia,
talvez me olvidarás.»

«No te alejes de mí, yo te lo pido,
i si debes marchar,
Dame tu amor que en cambio de mi pecho
el mio llevarás...... »

I estrechando sus labios a mis labios
en un beso me dió,
Todo el amor que en su inocente pecho
encierra el corazon.

I al rasgarse las nubes en el cielo
cual fúnebre crespon,
Sonriente contempló la hermosa luna
aquel beso de amor.

Santiago. 1902.



La Tarde

Mil reflejos
de su frente
ya muriente
lanza el sol,
e iluminan
en el cielo
blanco velo
de arrebol.

Ya desciende
por el prado
el ganado
mujidor;
i a su casa
con presteza,
ya regresa
el labrador.

I del viejo
campanario,
centenario
campeon;
la campana
enmohecida
nos convida
a la oracion.

I las pardas
golondrinas,
peregrinas
del placer,
por el aire
dulce i blando
van trinando
al ascender.

I la brisa
pasajera,
mensajera
del jazmin,
va contando
sus amores
a las flores
del jardin.

I las bellas
mariposas
en las rosas
buscan ya,
dulce néctar
que a sus vidas
las perdidas
fuerzas da.

En los verdes
limoneros
los jilgueros
a buscar,
van su nido
tierno amado,
perfumado
de azahar.

I las voces
arjentinas,
las ondinas
al reir,
el murmullo
de la fuente
dulcemente
deja oir.

De la tarde
silenciosa
ven, hermosa,
a disfrutar,
el ambiente
saturado
perfumado
de azahar.

Ven, no tardes,
alma mía,
que ya el dia
va a morir;
i yo quiero
contemplarte
i admirarte
sonreir.

I en las sombras
que decienden
i se estienden
sin rumor,
quiero hablarte
de las cosas
mas hermosas
del amor!

Los Andes, 1002.



Ante su tumba

¡Oh, misterio insondable de la muerte,
Do la prole de Adan por fin se iguala,
Do la ciencia sus límites señala,
Donde el jenio no alcanza a penetrar;
Disipa un solo instante las tinieblas
Que cubren el abismo de la tumba;
Precipicio voraz do se derrumba
La turba de los hombres sin cesar!...

Aquí bajo este mármol una tarde
Ví por siempre ocultarse ante mis ojos,
De Aminta idolatrada, los despojos,
Encanto de su hogar tan sólo ayer!

—Desciende de los cielos, alma mía,
Ilumina mi frente pensadora,
I haz que pueda saber en donde mora
La esencia luminosa de tu sér!...

Oh! dime si despues que se cerraron
Para siempre tus párpados de rosa,
Se han abierto a la luz esplendorosa
De algun mundo que existe mas allá.
Si otra vez ha tomado nueva forma
El alma de tu cuerpo desprendida,
I radiante de luz a nueva vida
Tu espíritu inmortal ha vuelto ya.

Si esa imájen que llevas es mas bella
Que la dulce i anjélica figura,
Que hoi encierra esta helada sepultura
Privada de la luz i del calor.
Si te es dado pensar en esta tierra
I evocar los recuerdos de esta vida,
En que frescas aun de tu partida
Las lágrimas están de mi dolor!

Hermosa Aminta, desde el triste día
En que dejaste los paternos lares,
No han vuelto a perfumar los azahares
La fresca brisa que besó tu sien.

No ha vuelto a florecer la madreselva,
Ni han tornado a tejer sus blandos nidos
El jilguero en los árboles floridos,
I el parlero zorzal en el maiten.

Mas tristes sus botones han abierto
Las frescas rosas del jardin ameno,
I hasta el arroyo de tristeza lleno
Por tu nombre te llama al susurrar.
Las abejas en busca, a tu ventana,
No vienen del clavel a los aromas;
I arrullan a tu puerta las palomas
Creyendo las querrás acariciar.

Todos lloran tu ausencia en este valle:
En la ermita la Vírjen de Dolores,
No ha visto renovar aquellas flores
Que tu mano dejó sobre su altar......
Con qué pena los tiernos corderillos
Se alejan del redil por la mañana;
I qué triste se escucha en la besana
El canto del labriego resonar!......

Aminta!...... vuelve a tu paterno nido
Antes que asome en el oriente el día,
I cámbiese el dolor en alegría,
I la duda mortal en realidad.

Surje hermosa, otra vez, de tu sepulcro
En que mi triste corazon se abisma,
Que es mas dulce, talvez, la muerte misma
Que sufrir tan amarga soledad!......

Los Andes. 1902.



La novia

De frescos azaháres
la frente ceñida,
el traje i el velo
de blanco color;
cruzó la ancha nave
serena i altiva
risueño el semblante,
la pálida niña
que a dar iba pronto
su fiel corazon.

El templo, la orquesta
llenó de armonías,
al tiempo que al ara
la novia llegó;

i el buen sacerdote,
el alba vestida,
amante i severo,
la frente tranquila,
la jóven esposa
bendijo ante Dios.

En blandos cojines
postróse rendida,
ferviente, inclinada
la púdica faz;
i amparo a los cielos
amante pedia
la jóven esposa,
la pálida niña
que tanto deseaba
tener un hogar.

¿Por qué de los cielos
lo novia bendita,
humilde, postrada
al pié del altar,
al Dios poderoso
amparo pedia,
al ver realizado

su sueño, i la vida
tornaba sus dudas
en fiel realidad?

—No sé; mas yo creo
que no es alegría
aquello que reina
al verse cumplir
la dulce esperanza,
que alegra i anima
las jóvenes almas
que cifran su dicha
en verse mimadas
de un novio jentil.
....

Alzóse la novia,
la frente sombría,
abrióse la puerta,
cerróse el atril;
cruzó silenciosa
de amigos la fila,
I al coche de bodas
subió pensativa,
i esposos i amigos
partieron al fin.

El mudo silencio
siguió a su partida,
en tanto que triste
pensé para mí:
no hai goce en la tierra
de franca alegría,
ni creo que puedan
dos almas unidas
con falsas promesas
dichosas vivir.

No creo que encuentren
placer en la vida,
dos almas que nunca
sintieron amor:
amor inocente
que al alma le inspira
los tiernos afectos,
las dulces caricias,
hermosas ofrendas
de un fiel corazon

Por eso a vosotras
¡oh! vírgenes pálidas,
que amais el aroma
sutil del salon;

jamas os engañen
las frases mentidas,
que es triste, mui triste,
de novia vestida
pedir a los cielos
amparo de Dios.

Santiago, 1902.



Acuérdate de mí...!

Cuando vuelva la hermosa primavera
de perfumadas flores a cubrir,
los nardos, los claveles i las rosas
que adornan tu jardin;
I vuelva a florecer la madreselva
donde amantes, un dia mas feliz,
me brindaste tu amor, amada mía:
¡acuérdate de mí!

Cuando vuelvan de nuevo los naranjos
con sus flores mas blancas que el marfil,
ajitando sus copos de azahares
el aroma a esparcir;

I vuelvas a admirar como fabrica
el jilguero su nido tan feliz,
oculto entre los blancos ramilletes:
¡acuérdate de mí!

Cuando vuelva otra vez el sol de estío
de sazonados frutos a cubrir,
los sembrados, los árboles frutales,
i la jugosa vid;
I vuelvas en las horas de la siesta,
en busca de algun pámpano sutil,
a recorrer alegre los parrales:
¡acuérdate de mí!

Si vuelves en las tardes deliciosas
a recorrer los sitios en que ví,
con la inocencia del amor primero,
tus lábios sonreír;
I vuelvas en las noches silenciosas
a adormecer tu mente juvenil
en brazos de algun sueño venturoso:
¡acuérdate de mí!

Cuando vuelva el otoño de hojas secas
la arboleda i los campos a cubrir,
i a deshojar las postrimeras rosas
que adornan tu jardin;

I contemples las pardas golondrinas
que ingratas abandonan al partir
el blanco alero que albergó sus nidos:
¡acuérdate de mí!

I al volver a admirar entristecida
el desnudo paisaje del Abril,
iluminado por los tenues rayos
del sol que va a morir;
I al escuchar el toque de la ermita,
del cielo tu oracion vuelva a pedir
la paz de los que duermen en las tumbas:
¡acuérdate de mí!

Cuando vuelva el invierno crudo i frío,
desafiando su saña a interrumpir,
desolando los campos con las aguas
que desborda el pretil;
Al contemplar tu alma enternecida
desnudo el árbol que albergó feliz
el nido de dos tiernos pajarillos:
¡acuérdate de mí!

Al escuchar la lluvia i el silbido
del cierzo que en la selva hace crujir
las ramas de los árboles jigantes
que desnudó el Abril;

I al estallar el trueno entre las nubes,
haga tu blando sueño interrumpir,
i medrosa en tu lecho al cielo implores:
¡acuérdate de mí!

Cuando llegue aquel dia en que la muerte
apague de mi vida el existir,
i el mundo se oscurezca ante mis ojos
en la noche sin fin;
I vayas a mi féretro enlutado,
si movida a piedad llegas a ir,
al contemplar mi cuerpo entre los cirios:
¡acuérdate de mí!

I si llegas un dia el campo santo
a recorrer buscando a quien sentir;
no busques mausoleo, hermosa mía,
que yo no estaré allí;
Busca a la sombra de un ciprés marchito
mi nombre en una lápida infeliz,
i si rueda una lágrima en tus ojos:
¡acuérdate de mí!...

Santiago, 1902.



Fe i Duda

A Gaspar Toro B.

No sé por qué yo busco
la paz del cementerio,
las losas de las tumbas
la sombra del ciprés;
No sé por qué mi alma
se aviva ante el misterio
que la razon del hombre
no alcanza a comprender.

No sé por que me encanta
el día moribundo,
en medio del silencio
de la ciudad sin luz;

Donde el que halló pequeño
a su soberbia un mundo,
halló despues de muerto
mui grande un ataud.

No sé por qué yo encuentro
las horas mas dichosas,
cuando en las tardes tristes
al ocultarse el sol,
Contemplo los sepulcros
entre floridas rosas,
i escucho de los muertos
el toque de oracion.

No sé por qué a mi espíritu
jamas han inspirado
temor las negras cruces
que cubren el panteon;
Ni las heladas criptas
de mármol cincelado,
de la locura humana
la vanidad mayor.

Tal vez será que el alma
que aquí en mi sér reside,
en vez de ver tan sólo
la losa sepulcral,

En ella ve la entrada
que a la materia impide
el paso hácia esa vida
que existe mas allá.

¿Será verdad?—Quien sabe;
yo dudo, i siempre busco
las losas de las tumbas,
la sombra del ciprés;
I en medio de un océano
de ideas ¡ai! me ofusco,
sin que ese enigma eterno
alcance a comprender......

Tan sólo queda en mi alma
aquella fe cristiana
que desde mui pequeño
mi madre me inculcó,
I que la ciencia en vano
por estinguir se afana,
que como flor parásita
se aferra al corazon.

Santiago. 1902.



Primaveral.

A Arcadio Letelier G.

Ya de la aurora los cabellos rubios,
en dorados efluvios,
se esparcen por la bóveda infinita,
al asomar alegre por oriente
su coronada frente
anunciando del sol la luz bendita.

Se ocultan vergonzosas las estrellas,
humildes pero bellas,
tras del inmenso i azulado velo,
en que bordan albísimos celajes
los flotantes encajes,
que hacen de boda engalanarse al cielo.

¡Qué derroche de luz i de belleza,
cuando a nacer empieza
la hermosa primavera nos ofrece,
desde el Andes de nieve coronado
hasta el mar azulado,
donde él copo de espuma se estremece!

Todo despierta de la augusta calma
en que dormia el alma
de la grande i feraz Naturaleza:
abandonan las larvas sus capullos,
i con tiernos arrullos,
anuncia el ave que la vida empieza.

Abre sus brotes la fecunda planta,
i hasta el cielo levanta
el bosque secular su augusta frente,
i estremece el leon con su hondo grito
las moles de granito
en que azota sus aguas del torrente.

Sacude el aura juguetona i leda,
los pétalos de seda
del blanco lirio en que a beber se posa,
como una piedra de rubí engastada,
esa vision alada
que el hombre bautizó por mariposa.

Abren sus broches las fragantes flores,
de variados colores
matizando el verdor de la pradera:
i entreabren los duraznos sus perlados
capullos sonrosados,
en que liba la miel la abeja obrera.

Construyen blando nido los jilgueros
de frescos limoneros
entre aromosos copos de azahares,
que el polvo de oro de su pólen rubio,
en ardoroso efluvio,
fecunda los ovarios celulares.

La tierna sementera el buen labriego
con abundante riego,
i esmerado trabajo fertiliza;
i sonríe al mirar la dulce esposa,
que en la cercana choza
alegre canta i el hogar atiza.

Demandan libertad alborozados
los tordos enjaulados,
en los aleros que el jazmin perfuma;
i llama a la gallina algun polluelo
que en el manso arroyuelo,
no se atreve a mojar su rubia pluma.

I en tanto un cervatillo ansioso mama,
otro triste reclama
de su perdida madre las caricias;
i en los blancos i altísimos perales,
los parleros zorzales
apuran del amor dulces primicias.

Todo sonríe de la luz al beso
en delirante exceso,
al cubrirse de flores la pradera;
hasta el aura de aromas impregnada
anuncia la llegada
de la hermosa i alegre Primavera.

De su sueño invernal despierta ufano
el rico i fértil llano
que de sus frutos a gustar convida,
i a los dormidos jérmenes despierta
a proseguir la incierta
e imperdurable lucha por la vida.

Toda Natura del amor proclama
la fecundante llama
que la savia i la sangre eterno ajita,
i del hombre hasta el alga mas pequeña
en demostrar se empeña
esa lei inmortal, grande, infinita!

Los Andes, 1902.



Sueño de amor

....

Soñaba que allá mui léjos
en una hermosa campiña,
a las orillas de un río
i en una casa mui linda;
disputábamos felices
las horas de nuestra vida,
yo siempre amante a tus ruegos
i tú siempre complacida.

Que allí nada nos fàltaba
porque criados tenia
que cultivaban el campo,
donde arrojar la semilla
para cojer en estío
haces de rubias espigas...

Que al despertarme la aurora
al campo me dirijia,
a disponer las faenas
en nuestra hermosa campiña,
para que siempre la tierra,
al mostrarse agradecida,
no dejara de brindarnos
con el pan de cada día.

I que en tanto los criados,
sus arados dirijian,
yo entonaba las canciones
de nuestra niñez querida,
i a lo léjos divisaba,
por entre acacias floridas
i cargados limoneros,
nuestra preciosa casita
medio oculta entre las flores
de los guindos i las lilas;
con sus balcones cuajados
de madreselvas floridas,
que por mirarte en tu lecho,
hermosísima María,
juntaban a los cristales
sus fragantes florecillas.

En medio de aquel silencio
oh! cuan feliz me sentia,
al pensar que trabajaba
para el sér cuyas caricias
ante Dios i ante los hombres,
sólo a mí pertenecian!...

Soñé, tambien, que al volver
del trabajo cada día
salias a recibirme
para endulzar mis fatigas;
i que juntos de la mano.
i cojiendo florecillas,
i aspirando los aromas
que nos traian las brisas
que jugaban con los rizos
que en tu frente se mecian,
siempre alegres i risueños
cruzábamos la campiña
para llegar a la reja
de nuestra hermosa casita
que ocultaban los naranjos,
los bambúes i las lilas...

Que despues de disfrutar
nuestra bendita comida,

sentados al mirador
de una blanca torrecilla,
contemplábamos amantes,
la dilatada campiña,
que iluminaban las luces
agonizantes del día;
i el río que reflejaba
en sus aguas cristalinas
los perfumados canelos
que poblaban sus orillas.

I que en mi hombro recostabas
tu preciosa cabecita,
«como esconde bajo el ala
su cabeza la avecilla;»
i que besaba tu frente,
i que te hacia caricias,
i que al fin entre mis brazos
dulcemente te dormias!...

....

Aquí llegaba mi sueño
cuando mi madre querida,
me dijo: «Despierta, niño,
i dí por qué sonreías,
i si el nombre que te he oído
es causa de tu sonrisa».

Confieso que en ese instante
contestarla no sabia;
pero al fin la dije: «Madre,
téngase usted, no me riña,
soñaba con el pasaje
de una novela mui linda».

Santiago, 1903.



Mirando tu retrato.

Cuántas cosas tus ojos me revelan
en el fulgor de tu mirar sereno,
cuántas cosas me dice esa sonrisa
que juega entre tus labios con empeño!

Qué hermosa i soñadora es esa frente
que encierras en el marco de tu pelo,
i esa sedosa cabellera suelta
que acaricia la nieve de tu cuello!

I esas mejillas frescas i rosadas
i mas suaves aun que el terciopelo,
i esos preciosos bucles que descienden
con amor a posarse entre tus senos!...

Todo lo encuentro hermoso en tu retrato,
pero me agrada mas que tu diseño,
ese aire pensador en que revelas
de tu alma enamorada los misterios.

Santiago, 1903.



Tú i yo.

Yo soi un barco que de la vida
el mar sin playas cruzando va;
luchando siempre con la tormenta
en que se ajita la humanidad.

Tú eres la estrella, que allá en el cielo
de mi destino brilla sin par;
siempre mostrándome el mundo ignoto
que todos llaman *felicidad.*

Santiago, 1903.



Anhelos.

Quisiera ser la brisa perfumada
cuando recorres tu jardin ameno,
para mecer los bucles de tu frente
i el perfume aspirar de tus cabellos!

Quisiera ser la rosa purpurina
prendida entre la nieve de tu seno,
para sentir el fuego de tu alma
i escuchar los latidos de tu pecho!

Quisiera ser la imájen que sostiene
el cordon que se enlaza de tu cuello,
para beber entre tus labios rojos
el néctar delicioso de tus besos!

Quisiera ser en fin, amada mia,
la seda de tu artístico pañuelo,
para besar tus párpados de rosa
i aprisionar las lágrimas de fuego!

Santiago, 1903.



Rogad por mí.

A las hermanitas Adelida i Nelly Loyola V.

Ah! dichosas vosotras, almas puras,
que léjos de este mundo vanidoso
disfrutais la ventura i el reposo
que ofrece la mansion de la virtud.
Allí donde su aroma la pureza
esparce mas fragante que las flores,
allí donde no llegan los clamores
a turbar de las almas la quietud.

Allí donde con mano cariñosa
os cuidan esos ánjeles del cielo,
que se ocultan humildes bajo el velo
que bendijo la mano del Señor.

Allí donde os señalan el camino
que al traves de esta vida nos conduce
a la santa mansion en que reluce
La llama celestial del Creador.

Allí donde la luz del nuevo dia
no empaña al a omar sus rayos puros,
alumbrando la charca do inseguros
se revuelcan los hombres sin razon;
allí donde se elevan hácia el cielo,
cual bandada de blancas mariposas
que abandonan el cáliz de las rosas,
mil plegarias al toque de oracion....

Ah! sí; de vosotras, almas puras,
de vuestros labios que de Dios el nombre
no manchan, como a veces los de hombre
que arruina el templo de su hermosa fé;
sí, de vosotras, por amor del cielo
imploro una oracion santa i bendita
para mí, que talvez la necesita
mas que el impío que a su Dios no ve.

De vuestros pechos candorosos, puros,
como botones de azahar florido,
de la campaña al lúgubre jemido
alzad al cielo una oracion por mí.

Por mí, que del mundo en el combate
siento a veces que el alma desfallece,
que me faltan las fuerzas, que enmudece
esa voz de los cielos que ofendí.

Cuando de vuestros labios se desprenda
la plegaria en mi nombre murmurada,
vendrá del cielo una vision alada
vuestras cándidas frentes a besar;
i en ese instante sentiré en mi oido
una voz que me dice: «Desdichado,
por tí dos almas puras han rogado,
i Dios quiere tus culpas perdonar».

Oh! qué bello será para mi entónces
sentirme de mis culpas sin el peso
i sentir en mi frente el mismo beso
con que el cielo bendijo esa oracion.
I seguir combatiendo altivo i fuerte,
despues de recobrar mi fé perdida,
las recias tempestades de la vida
que ajitan sin cesar el corazon!

Débil *barco* sin rumbo es la existencia,
océano, la tierra que habitamos,
preciosa *carga*, el alma que llevamos
rumbo, el camino a celestial mansion;

tempestad, el honor, la fé perdida,
lejana *playa*, nuestra tumba helada,
puerto seguro, la oracion sagrada,
naufrajio, la perpetua corrupcion.

Esa es la vida i su mentido halago,
que a vuestra vista os pareciera hermosa,
porque oculta su flecha venenosa
bajo el ropaje de sus galas mil.
Vereis vosotras, cuando un dia al mundo
salgais para cumplir vuestro destino,
como deja en las zarzas del camino
sus blancas alas la ilusion jentil!

Santiago, 1903.



Tus besos

Son tus besos màs dulces, bien mio,
que el fugaz i dulcísimo aroma
que despiden los copos de azahares
con que cubren su frente las novias.

Son tus besos mas dulces que el néctar
que en su cáliz encierran las rosas,
cuando entreabren al sol del estío
embriagadas de amor sus corolas.

Son tus besos mas dulces que el aura
que acaricia las púdicas hojas
de los lirios azules que nacen
del arroyo a las plácidas hondas.

Son tus besos mas dulces, bien mio,
que la lluvia impalpable de notas
que la mano del jenio sorprende
del laúd en las cuerdas sonoras.

Son tus besos tan delces, María,
que al rozar con mis labios tu boca,
siento en ellos el gusto esquisito
de la miel cristalina i sabrosa.

Son tus besos tan dulces, mi amada,
que sólo ellos endulzan las horas
de esta vida que abruma i marchita
la flor del ensueño que el alma aprisiona.

Santiago, 1903.



Pasionaria

En una apacible tarde
de la hermosa primavera,
bajo las ramas floridas
de las viejas madreselvas,
sentados en un escaño,
del jardin junto a la reja,
miéntras contemplan las flores
que tapizan la pradera,
i del lago cristalino
las cándidas azucenas,
que a las caricias del céfiro
con amor los lirios besan:
los dos esposos felices
de sus amores conversan,
miéntras reclina la esposa

dulcemente la cabeza
sobre el hombro de su dueño,
que las sedosas madejas
de sus dorados cabellos
acerca a su boca i besa.

—¿Recuerdas, Olga, esos dias,
aquellas horas funestas
llenas de duda i quebrantos,
de mil inquietudes llenas;
cuando miéntras en mi pecho
ardia la fé sincera
de la pasion con que adora
el corazon del poeta;
tú dudabas del cariño
que aquí en mi pecho naciera
aquel dia en que mis ojos
te vieron por vez primera,
mas hermosa que las flores,
mas pura que las estrellas,
i que en vano yo trataba
de demostrarte que tú eras
la que inspirabas mis versos,
i aquellas caricias tiernas
que al prodigarte mis labios
te hacian temblar inquieta?

—Ah! no te acuerdes, bien mio,
de aquellas horas funestas,
en que tu fé no estimaba
la que es hoi tu compañera;
pues a comprender jamas
llegué tu pasion sincera,
ni los nobles sentimientos
que ocultos en tu alma llevas,
i que ahora son la dicha
de mi plácida existencia.
Olvida, mi amado esposo,
aquellas horas inciertas
cuando esquivé tu cariño
i que ahora me avergüenzan.
Recuerda que ya soi tuya
para siempre en esta tierra,
que tú eres mi único dueño,
que yo soi tu compañera.

—Ah! nó, mi amada, es tan dulce
recordar la edad primera,
en que lúcha el corazon
i en que el alma se desvela
por alcanzar el cariño
de la mujer hechicera
que cautiva los sentidos

i el pensamiento encadena.. ...
Es tan dulce recordar
de aquella amorosa guerra
los combates en que al fin
triunfante el amor saliera;
de aquellas noches sombrías
cuando abismado en mis penas,
fiel rondaba a tu balcon
esperando que salieras
para verte, amada mia,
un solo instante siquiera.

Aun recuerda mi memoria
aquella noche siniestra
en que la lluvia caia
sobre la plaza desierta,
i en que al sernos imposible
un momento hablar siquiera,
te acercaste a la ventana
como tímida gacela,
i al traves de los cristales,
como amante prisionera,
me diste el beso mas dulce
que tus labios darme puedan.
¿Te acuerdas?—Siempre, Florencio,
i olvidarlo no pudiera,

pues que tú me has enseñado
a conservar lo que lleva
algun recuerdo bendito,
del amor sagrado emblema.
Mas, no me hagas padecer
ni mi espíritu entristezcas,
trayéndome a la memoria
esos recuerdos que dejan
la amargura de un mal sueño
que hasta el alma nos enferma.

—Ah! medita cuál seria
de mi corazon la pena
las veces que te miraba,
i en vez de verte risueña,
sorprendia en tu semblante
de tu desamor la huella!......

¡Oh! mi amada, en esta vida
de mil inquietudes llena,
son muchos los que al destino
la mustia frente doblegan.
Son muchos los que se alejan
de la amada i cara tierra,
en que gozaron su infancia
i un dia nacer les viera;

pero pocos los que vuelven
por la disputada senda,
que del honor i la gloria
el esplendor hermosea.
Ah! son muchos los que en cambio
del oro la vida arriesgan
buscando entre los abismos
del océano las perlas;
pero pocos los que vuelven
de esas profundas cavernas
a ver las fragantes flores
de la hermosa primavera.

Son muchos los que, sedientos
de renombre i de riquezas
de sus barcos temerarios
sueltan al viento las velas,
buscando remotas playas
donde tesoros ofrezcan,
i abundantes producciones,
ricas i fecundas tierras;
pero pocos los que tornan
de aquellas rutas inciertas
a contar a los que vieron
soltar al viento sus velas,
las riquezas que encontraron
en las tierras descubiertas......

Por eso, mi amada esposa,
siempre mi mente recuerda
de aquellas pasadas horas
las amarguras i penas,
las tristezas i las dudas
de mil inquietudes llenas,
que al fin para poseerte
he tenido que vencerlas;
i aquí me tienes al fin
llamándote compañera,
recibiendo como premio
la virtud de tu alma buena.
I al escuchar de tus labios
la voz amorosa i tierna,
me parece que es un sueño
de que tú la misma seas,
que un dia dudó el cariño
que aquí en mi pecho naciera
al fuego de tus miradas
i de tus sonrisas tiernas
a la inocente caricia......

Devuélveme, compañera,
de mi vida los instantes
de amarguras i de penas,
que por hacerte dichosa
en silencio padeciera?......»

I estrechando entre sus labios,
como el lirio a la azucena
los labios de su adorada,
frescos como las cerezas,
la dió un prolongado beso
que el eco imitó en la selva
de perfumados canelos;
miéntras descendieron ledas
por las mejillas rosadas
de la dulce compañera,
dos lágrimas cristalinas,
del amor sagrada ofrenda,
que a la luz del sol brillaron
como dos líquidas perlas......
....
....

Santiago. 1903.



Flores marchitas

En vano busco en tus hermosos ojos
La mirada de amor que tanto ansío;
En vano busco la sentida frase
Que alegre el corazon, mate el hastío.

En vano quiero trasmitirle el fuego
Que enardece la sangre de mis venas;
En tu amistad sincera, en vano quiero
Hallar alivio a mis amargas penas.

En vano quiero convertir tu pecho
En el santuario de mi amor sin nombre;
En vano busco la suprema dicha
Que Dios ha dado en la mujer al hombre.

¿No eres tú, acaso, la ilusion que un dia
Forjó mi mente enamorada i loca;
Ese ideal de amor i de ventura,
De ojos ardientes, purpurina boca?

¿No eres tú, acaso, la risueña imájen
Que tantas veces perturbó mi sueño,
Con sus besos de amor i sus caricias
Diciéndome feliz: «Eres mi dueño»......?

¿Talvez el fuego de mi voz no alcanza
A conmover las fibras de tu pecho;
Ni ese tu helado corazon, bien mio,
Mi ardiente ruego estremecer ha hecho?

¡Oh, dulce imájen de mi amor de niño,
Hermoso sueño de la edad florida:
Ilusiones de amor, frescos botones
Que entreabre la mañana de la vida!

Inútil es buscar en este suelo
Realidad a tan vívidos fulgores:
De nuestra juventud los ideales
Se marchitan a un tiempo con las flores!

Santiago. 1903.



Ofrenda fúnebre

(A mi amigo Alejandro Madrid O.)

I

Aquí, junto a esta tumba silenciosa,
Vengo a cumplir con el deber mas santo,
Rindiendo a vuestra madre cariñosa,
Que luego dormirá bajo esta losa,
El eterno homenaje de mi llanto.

II

Amigo, no te aflijas; esta vida
Es el largo desierto que cruzaron
Los hijos de la raza protejida,

Por llegar a la tierra prometida
En que un dia a su Dios crucificaron.

III

Maná, que nuestras almas alimenta,
Es la voz del ministro que en el templo
A sufrir nuestra carga nos alienta,
I la fé del espíritu acrecienta
En las luchas del mundo con su ejemplo.

IV

Aquí todo es pesar, todo amargura,
Todo miseria cuanto en torno vemos;
Do siempre se marchita prematura
La atesorada flor de la ventura
Por mas que en cultivar nos esforcemos.

V

Aquí todo es miseria, la grandeza
Con un grano de arena se derrumba,
I el placer, y la holgura, y la riqueza,
Confundida la plebe i la nobleza,
Rueda al mísero polvo de la tumba!

VI

El cielo contemplad de goces lleno,
I pensad un momento en esta vida,
En que ruedan los malos por el cieno
Salpicando la túnica del bueno
Por echarle la culpa cometida.

VII

¡Oh! felices aquellos que triunfantes,
Abandonan la humana vestidura,
I ajenos a dolores incesantes,
Igualan a los ánjeles radiantes
Llenos de gracia i celestial ventura.

VIII

La muerte no es el fin de la existencia,
Sino sólo el final de una jornada,
En que cambia de forma en apariencia
Esa sublime i misteriosa esencia,
Que existe en nuestro ser aprisionada.

IX

La muerte es sólo el cambio repentino
Que el término señala de la vida,
I el comienzo triunfal de ese camino
Que debe recorrer en su destino
El alma de la forma desprendida!

X

La muerte, pues, amigo, no es aquello
Que llamamos la eterna despedida;
Es sólo aquel instante en que un destello
De la bondad de Dios, a un mundo bello
Nos hace renacer con mejor vida!

XI

Vuestra madre no ha muerto; su memoria
Vive en vosotros, porque siempre os quiere,
I os lo ha dicho el poeta de la historia:
«La materia inmortal, como la gloria,
Cambia de forma pero nunca muere.»

XII

No ha muerto, nó; la funeraria losa
Sólo sus restos aprisiona ya:
Miéntras sus ojos en la vida hermosa
Se han abierto a la luz esplendorosa
De ese mundo que existe mas allá.

XIII

Desde allí donde está, desde ese cielo
En que premia a los buenos el Dios santo,
Os está acompañando en vuestro duelo
I enviando sus palabras de consuelo
Las perlas a enjugar de vuestro llanto.

XIV

Ella no ha muerto; de su hogar querido
Tambien deplora la perdida calma,
I alguna vez escucharéis dormido
Que una celeste voz dice al oído:
«No llores que contigo está mi alma».

XV

Sólo allí el premio recibir podia
Su corazon tan noble i jeneroso,
Que en medio de su hogar de amor ardia
Como la aurora del naciente dia
Entre las flores del rosal frondoso.

XVI

I verás que si Dios os la ha llevado
Premiar tan sólo sus virtudes quiso;
I desde el seno del hogar amado,
En un lampo de luz, la ha trasportado
A la gloria inmortal del Paraíso.

XVII

Bendecid su memoria; i cariñosa
Os verá desde el cielo con orgullo,
Cuando vais a tejer sobre su losa
Frescas guirnaldas de azahar i rosa,
En que es beso de amor cada capullo!

XVIII

Tributad homenaje al ser querido
I en su dulce recuerdo hallad consuelo,
Que así vuestro deber habreis cumplido
Como buen corazon agradecido
de ese sér inmortal que está en el cielo.

Santiago, 1904.



Los nomeolvides.

(Fragmento de un poema).

Era una tarde del Agosto hermoso,
allá cuando las tímidas violetas
empiezan a asomar sus cabecitas
blancas cuál la ilusion de los poetas.

Lo recuerdo mui bien; a buscar flores
aquella tarde fuímos por los campos
a la hora en que el sol enrojecia
las nieves de los Andes con sus lampos...

—«Ven, me dijo, a cojer los nomeolvides
emblema de mi amor i mi constancia,
que este ramito para tí cojido
un recuerdo será de nuestra infancia.»

De rodillas estaba, i con sus manos,
frescas como los pétalos de rosa,
de la menuda yerba desprendia
las pequeñas florcillas, afanosa.

Me arrodillé a su lado, i con ternura
un ramito tambien de aquellas flores
formé para que en ellas recordara
el emblema inmortal de mis amores.

Al volver esa tarde del paseo
contemplando las quintas i los prados,
cuyas casas en forma de castillos
adornan con sus flores los granados;

Sus labios sonrosados me decian,
con amoroso acento en el oído:
«En una casa así, nos amaremos
como tiernos jilgueros en su nido!»

¿I despues?... pobrecita! la perdono:
en un sólo momento de estravío,
marchitó mis ensueños, cual las flores
cuando el sol les absorbe su rocío....

¿Despertará tu corazon, María,
al recuerdo invitando tu memoria?
¿Te acordarás de mí cuándo tus ojos
sorprendan el secreto de esta historia?...

Acuérdate, mujer, de aquellas horas
de virtud i de amor i de delicias,
en que tú eras feliz... porque te amaba,
i en que yo era feliz... con tus caricias!

Santiago, 1904.



Otoñal.

A Julio Wevar B.

Todo parece que la muerte aguarda
cuando los campos el Otoño viste;
hasta en el cielo oscuro el paso tarda
el sol envuelto entre la nube parda,
como un anciano demacrado i triste.

Todo inspira tristeza, por doquiera
que contemple Natura silenciosa;
el torrente rasgó de la pradera
el manto de verdor que Primavera
bordó con flores de azucena i rosa.

El bosque añoso su follaje umbrío
contempla por el suelo desgreñado
i al pensar en las hojas que en estío
vió reflejarse en el cristal del rio,
alza hasta el cielo sus desnudos brazos.

I allá léjos, al pié de la montaña,
desnuda está la huerta en que sus nidos
tejieron los que alegran la cabaña,
cuando el ardiente sol los copos baña
de los silvestres árboles floridos.

No perfuma el ambiente el jazminero
como en los gratos días de verano,
cuando haciendo sosten de algun madero,
cubria con sus flores el alero
ansioso de admirar el fértil llano.

La amante esposa del labriego honrado
la rubia espiga i el maíz desgrana,
para dar a sus hijos pan dorado
cuando en los días del invierno helado
ir no se pueda a la ciudad cercana.

I el pobre labrador, siempre sumiso
de su nativo suelo a los rigores,
recoje el fruto que brindarle quiso
ese amado rincon del paraíso
donde tejió el nidal de sus amores!

Feliz es él, que de la vida ignora
la eterna lucha que a los pueblos daña,
ni tiene su existencia mas aurora
que el humilde cariño con que adora
la tierna esposa i la feraz montaña.

Naturaleza vírgen! yo te admiro,
pues siempre das al que tu seno labra,
por toda gloria plácido retiro,
por lenguaje el poema del suspiro
incapaz de imitar nuestra palabra!

Te admiro del Otoño en la tristeza
como presajio de que el mundo engaña:
pues muere una ilusion en mi cabeza
por cada hoja mustia en que tropieza
el rudo labrador de la montaña!...

Los Andes, 1904.



Cuerdos i locos

A mi amigo don Bernardino Quijada B.

En esas tardes cuando el cielo viste,
El mas hermoso de sus muchos trajes,
Aquel de campo azul, que el sol ya triste
De rosa-viola tornasol reviste
I circundan las nubes en encajes.

En una de esas tardes los insanos
Visitaba en su asilo, conmovido,
Meditando cuan pronto los humanos
So pretesto de cuerdos soberanos,
Arrojan a los locos al olvido.

Mas, de pronto fijéme en la figura
De un hombre jóven que hasta mi llegaba
I en arranques de tétrica locura
Me decía con íntima amargura
Señalando al guardian que lo espiaba:

«Señor, aquel infame me ha robado
Todo el tesoro que hasta ayer tenia;
I me obliga a vivir casi aislado
Porque dice el doctor que el mal estado
De mi mente se agrava cada día».

«Miradle», replicaba furibundo
Al ver aproximarse a su enemigo,
«El es la causa del aspecto inmundo
Que presenta mi cuerpo moribundo,
Cansado de sufrir tanto castigo.»

I alejóse al instante el pobre mozo;
Miéntras el guardia que hasta mi llegaba,
Bajando de su capa el grueso embozo,
Alargóme una esquela, temeroso,
Diciendo en tanto que su abrigo alzaba:

«Al loco, que os habló no hace un momento,
Con solícito esmero le espiamos,
Porque el mismo dolor i abatimiento
Estravía aun mas su pensamiento
Cuando escribir a solas le dejamos».

Prosiguió su camino el veterano,
I al verme sólo desdoblé la carta
En que había trazado el pobre insano
Con un carbon i temblorosa mano,
Estas estrofas que llamaba «A MARTA».

«No sé lo que en verdad haya ocurrido
En la edad auroral de mi existencia;
El recuerdo de amor es blando nido
Que destruye el invierno del olvido
En la lóbrega noche de la ausencia.»

«¿Fué un sueño que forjó mi fantasía,
Algun delirio de mi mente loca;
Ese amor que en mi pecho todavía,
Con la misma ternura de aquel dia,
El fuego enciende i al placer provoca?»

«¿Es verdad o ilusion el que haya sido
En dias mas felices i mejores,
En justo pago de mi amor rendido,
De una bella mujer correspondido
Con el don celestial de sus amores?»

«¿Será verdad que mi razon perdida
Las ideas confunde en mi memoria,
I al creer escuchar su voz mentida,
Las revueltas escenas de mi vida
Confundo con los hechos de otra historia?»

«¡Oh, cerebro incapaz, deten tu vuelo
I al alma cede de tu impropio oficio
El noble sitio que robaste al cielo,
En la soberbia de tu ardiente anhelo
Padre queriendo ser del recto juicio!»

«Tú no puedes guardar lo que no muere
Pues que cambia contigo la materia,
I la razon del hombre no prefiere
Puesto que el propio sentimiento hiere,
La luz de lo inmortal por la miseria!»

Quedéme absorto como aquel que ha oído
De marchar al cadalso la sentencia;
Guardéme el pliego, me alejé aturdido,
Di una moneda al guardia i sin sentido
Pedí para el insano mas clemencia.

Al entrar en mi alcoba de regreso
Me arrojé sobre el lecho; i aunque quise
Alejar de mi mente aquel suceso,
Sentia dentro el alma todo el peso
De cuanto habia dicho el infelice.

¿No era acaso verdad cuánto decia
Aquel hombre tenido por un loco...?
¿Quién lo contrario demostrar podria,
Cuando los cuerdos a la luz del dia
Nada nos dicen de su ciencia al foco?

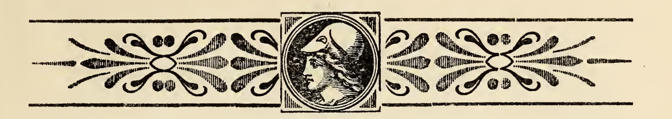
¿No seria, talvez, que el desgraciado
Al sumerjir su mente en el abismo
De su propia existencia en tal estado,
Llegaba hasta tocar lo no esplorado
Allá en lo ideal de su cerebro mismo?...

¡Pobres cuerdos que apénas, de la llave
Por el ojo, conocen la existencia;
I dueños ya de la preciosa clave
Esclaman: «El cerebro es quien lo sabe
Basado en la induccion de la esperiencia».

Sabio, tu imperio a comprender no alcanza
Esa fuerza inmortal, desconocida,
Que dá impulso en el alma a la esperanza,
I al universo que a lo eterno avanza
El jérmen derramando de la vida.

I a mi modo de ver, si mal no pienso,
Sin ofender las luces de la ciencia,
Es este mundo un manicomio inmenso
Donde un loco arrebata a otro indefenso
Su parte en el festin de la existencia!

Santiago, 1904.



De profundis.

A Ella.

No he podido olvidar aquel instante
cuando al salir del templo presurosa
para aguardar los novios, tu semblante
ocultaste a mis ojos ruborosa.

Jamas creí que al corazon dormido
esa sola mirada despertara,
todo el recuerdo de ese amor mentido
que otro tiempo tu labio me jurara.

Te seguí sin quererlo... dentro el pecho
palpitó el corazon acelerado,
i hallando el mundo a su dolor estrecho
hundióse en las penumbras del pasado.

¿Cómo podria ser que tambien ella
gustase de admirar los azahares
sobre la frente de la novia bella
que ha jurado su amor en los altares?

¿Cómo podia ser que allí estuviera
aguardando a los tiernos deposados,
la misma ingrata que la fé sincera
profanó de mis sueños mas amados?

Como aquel que despierta de un ensueño
i palpa la verdad amarga i dura,
despertó el corazon del mudo sueño
en que ayer le sumió su desventura.

Cual bandada de nítidas palomas
que buscan de sus nidos los aleros:
como vienen las brisas los aromas
a libar en los verdes limoneros,

Llegaron a mi mente presurosos
los recuerdos felices de esos dias,
cuando beso tras beso, mis sollozos
en sonrisas de amor cambiar solias.

Sentí en lo mas profundo de mi alma
todo el dolor de la ilusion perdida,
que ayer no mas en venturosa calma
embelleció las horas de mi vida.

I fijaba mi vista en tu semblante
buscando de mi amor alguna huella,
como busca en el mar el navegante
la tenue luz de la lejana estrella.

Pero nada encontraba que pudiera
denunciarme tus íntimas congojas;
ni aun la flor de la ilusion primera
dejó en tu pecho sus marchitas hojas!

No acertaba a esplicarme ese contento
que irradiaba en tu rostro apasionado,
i aun creia al contemplarte atento
que no eras la mujer que me ha engañado.

Tan estraño a mis ojos parecia
de ese tu rostro la insensible calma,
que llegué hasta pensar que en tí no habia
nada de aquello que llamamos alma.

No acertaba a pensar como es que hubieras
olvidado mi amor hasta el estremo
de reir cual se rie a las primeras
caricias tiernas del amor supremo.

No acertaba a creer, cuando miraba
en tu rostro el contento i la alegría,
que tu pudieras ser la que enlutaba
mis ensueños de amor i poesía.

Pero aun cuando tenga tu mirada
esa tierna espresion, esa dulzura,
semejante a la brisa perfumada
que respira el viajero en la llanura,

Falta a tu frente ese divino sello
que imprime sobre el rostro la inocencia;
ese aire seductor, humilde i bello
que inspira majestad i reverencia.

Perdió tu faz purísima el encanto
que en otro tiempo cautivó mi pecho,
i en vano quieres ocultarme el llanto
en la risa glacial de tu despecho.

Todo ha muerto, mujer; así es la vida,
en el trascurso de los breves años
vamos en pos de la ilusion querida
para gustar despues los desengaños.

I es preciso sufrir en este suelo
para gustar la dicha pasajera,
como en los dias del invierno el hielo
nos hace ambicionar la primavera.

Te bendigo, mujer; así es el mundo,
i asi es tambien el corazon humano;
ante los ojos de lo ideal, profundo,
i ante los ojos de lo cierto, vano!

I conozco el porqué, de aquel instante
cuando al bajar del templo presurosa
para aguardar los novios, tu semblante
ocultaste a mis ojos ruborosa...

Santiago, 1904.



Rimas.

A M. d'Hainaut.

Hermosa estrella, que brilla fúljida
En lo mas alto del cielo azul,
Como una lágrima de cariño;
Eso eres tú.

Frájil velero, que la tormenta
Del mar azota con el furor,
Sin mas ausilio que lo infinito;
Eso soi yo.

Fragante rosa, que a la mañana
Enamorada besa la luz
En el perfume de su corola;
Eso eres tú.

Doliente queja, de ignota lira,
Que un bardo tañe junto al balcon,
Allá en la noche de despedida;
Eso soi yo.

Santiago, 1904.



Orgullo.

A los ilustres zánganos.

Nada me importa que la torpe injuria
De la imbécil canalla hiera impía:
Yo soi la roca que del mar la furia
En la recia tormenta desafía.

Que otros teman sus burlas, no me admira;
Todos no saben conocer al hombre,
I no todos perciben la mentira
Que oculta el brillo de un ilustre nombre.

Torpes sabuesos, que cojéis las migas
En la dorada mesa del magnate,
Cuya falsa fortuna con intrigas
Quita al débil en pérfido combate;

Torpes, que despreciáis al que en el templo
Del humilde taller os da la vida,
I en vez de aprovechar su noble ejemplo
Os burlais con el alma envilecida;

Gozad cuanto alcancéis, porque ya empieza
A sentir nuestro pueblo el fuerte peso
De esos cráneos huecos do tropieza
El luminoso carro del Progreso.

El siglo de la luz, sobre esas frentes,
Que empapa el trabajar de cada día,
Disipará las sombras i potentes
Han de humillar vuestra soberbia impía.

No necesita nuestra patria amada,
Parásitos que agoten el tesoro
De su pueblo viril, que en afanada
Labor nos brinda con sus frutos de oro.

Atras cobardes, que negais los hechos
De la existencia en el luchar ferviente,
I cual buitres voraces, satisfechos
Contemplais sucumbir al inocente.

Imbécil caravana, que paseas
Por salones, teatros i portales
Del ilustre abolengo las ideas
Pregonando insolente en tus modales;

Mas noble es el que gana su existencia,
O el que glorias conquista con desvelos,
Que la roñosa estirpe i opulencia
Que os legaron los zánganos abuelos!

Santiago, 1904.



A mi Sultana

Leonora, de las mujeres,
la que amé con mas afan,
escucha mi voz si quieres
que no olvides sus deberes
para contigo el sultan.

¿Recuerdas cuántos abriles
brillaban en esta frente,
cuando, con gracias jentiles,
mis ensueños juveniles
cambiaste en amor ardiente?

¿I recuerdas cuando ufana,
entre cantos i loores,
mi voluntad soberana
te proclamó la sultana
del harem de mis amores?

¡Oh dulces tardes de estío,
apacibles, sin rumor,
cuando, a la orilla del rio,
guardaba el boscaje umbrío
nuestros secretos de amor...

I aquellas noches de invierno
cuando, al son de guzla mora,
en un beso dulce i tierno,
disfrutando el goce eterno
nos encontraba la aurora!...

Pero tu orgullo fué tanto
que olvidaste a tu sultan,
que hoi recuerda entre su llanto
aquellas horas de encanto
que ya jamas volverán.

Orgullo! espejismo incierto
que trastorna a la mujer,
como el moro del desierto,
mostrando de oro cubierto
el camino del placer!...

Mas, ya que todo ha concluido
por tu engaño i mala fé,
escucha, mi bien perdido,
la cancion que del olvido
esta mañana arranqué:

—Es cosa ya mui sabida
que en este mundo traidor,
a la que es mas advertida
le suele dar en la vida
mas récio golpe el amor.

Así, pues, tan orgullosa
no álces la frente, sultana,
que para mí, mas hermosa
es la mujer virtuosa
que no la soberbia i vana.

I por si andas a la zaga
de algun otro, escucha bien:
cuando un amor no le halaga
mi corazon siempre paga
el desdén con el desdén.

Santiago, 1904.



Primavera i juventud

A Manuel Valenzuela R.

I

¡Oh, bello sol, que tus cabellos rubios,
en ardientes efluvios,
esparces al nacer la primavera
sobre el fecundo llano, en que florece
el lirio que se mece
a los besos del aura pasajera!

II

¡Oh, dulce ambiente, perfumado i suave,
como el himno del ave
que embriagada de amor canta en su nido;

con qué delicia, en apacible calma,
me acaricias el alma
cuando te aspiro de placer henchido!

III

Con qué alegría en la mañana hermosa,
sus pétalos la rosa
entreabre al sol, cuajados de rocío:
i asoman las violetas sus corolas,
que se besan a sólas
entre la yerba del boscaje umbrío.

IV

¡Cómo esparcen alegres sus olores
las policromas flores,
de los juncos, claveles i verbenas,
trepa por la reja el jazminero,
i al pié del limonero,
se entrelazan los nardos i azucenas!

V

I vuelan las pintadas mariposas,
cual puñado de rosas,
buscando el néctar del abierto broche,

donde un rayo de sol, por ofenderlas,
evapora las perlas
del benéfico llanto de la noche!

VI

¡Cómo enlazan almendros i perales,
duraznos i guindales,
sus florecillas blancas i bermejas;
donde en busca de miel i pólen de oro,
en murmurante coro
van i vienen i zumban las abejas!

VII

¡Oh, primavera, juventud del año,
no a tu belleza estraño
se adormeció mi plectro al contemplarte:
pues, tan sólo en tus galas interpreta
el alma del poeta
la mas sublime concepcion del Arte!

VIII

Yo te admiro estacion, en que las flores
de aromas i colores
hacen derroche al ostentar sus galas:

que así tambien en mi niñez florida
imajiné la vida
al tender mi ilusion sus blancas alas!

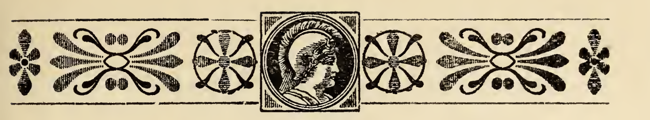
IX

Venid, venid a mí, de aquellos dias
de encantos i alegrías,
gratos recuerdos de la edad dichosa;
en que amé a esa mujer encantadora
que aquí en mi pecho mora
como en abierta flor la mariposa!

X

¡Oh, tierna primavera de la vida!
¡Oh, juventud florida!
en que, al lucir el sol de la existencia,
abre el amor sus flores perfumadas
para ser deshojadas
en la tarde otoñal de la esperiencia!

Santiago, 1904.



Emblema

Sobre su seno blanco como armiño
lleva, Glafira, la mujer que adoro,
el emblema inmortal de mi cariño,
una preciosa crucecita de oro
que me obsequió mi madre cuando niño.

Hermoso es el recuerdo de aquel dia
cuando, al cielo poniendo por testigo,
ante mi tierna ofrenda me decia:
«Tuyo será mi amor; ella conmigo
irá hasta el polvo de la tumba fria».

«Ella será la imájen adorada
que en el altar de mi ilusion querida,

el alma en sacerdote trasformada
consagrará las horas de la vida
para adorarla siempre prosternada».

«Tú la verás aquí sobre mi pecho,
teniendo el corazon por incensario
entre las llamas de mi amor deshecho,
cual la llevó Jesus hasta el Calvario
para morir en ella satisfecho».

«Ella será el objeto de mi orgullo;
la estrella tutelar de mi fortuna,
que ha de alumbrar mi porvenir que es tuyo
cuando, velando al borde de una cuna,
escuche un ánjel mi materno arrullo».

Enmudeció su voz. ¡Ah, cuan hermosas
por sus frescas mejillas resbalaron
las perlas de su llanto, silenciosas,
que al fuego de su amor se evaporaron
como el rocío en las abiertas rosas!

Sagrado emblema de mi amor primero,
sobre su casto seno duerme en calma,
que en cambio de su amor nada prefiero,

i dila que la adoro i que la quiero
con todo el corazon, con toda el alma!

Sé, tú, la imájen de la fé sincera
con que he de amarla miéntras ella sea:
de mi vida la dulce compañera,
de mis sueños la alegre Primavera,
de mi númen sin luz brillante idea!

Santiago, 1905.



Paseo matinal

A la Sra. L. G. de C.

Una mañana fresca i sonrosada,
Nubes de gasa entretejiendo el sol,
La laguna del Parque abandonada,
Los jardines tranquilos, sin rumor.

Allá en su cauce murmurando el rio,
I los prados luciendo su verdor,
Con sus flores cuajadas de rocío
I su arroyo saltando en el peñon.

Artísticos escaños en la sombra
Invitando al viajero a reposar,
I como hundidos en la verde alfombra
Los árboles del Parque Forestal.

Allí brotando cristalina fuente,
Aquí quebrando un risco su caudal,
I entre un bosque de cañas ancho puente
Luciendo sus maderas sin labrar.

I al subir el repecho de la falda
La laguna que invita a navegar,
I rodeada de botes la «Esmeralda»
Como niños jugando al *gavilan.*

Que recuerdos tan bellos! mi memoria
Jamas, señora mia, ha de olvidar
Esa hermosa mañana cuya historia
Llamaremos «El Parque Forestal.»

Un golpe de los remos fué partida
I ocupamos el bote sin temor,
A vuestro lado Lela i en seguida
Glafira a proa, i en el centro, yo.

La mañana era fresca; dulcemente
Deslizábase el bote sin rumor.
Saltaba alegre en el peñon la fuente
I sobre el agua sonreía el sol.

Nada turbaba la inocente calma
De nuestro mutuo i singular placer;
Todo invitaba a disfrutar al alma,
A escepcion de la estatua de Luzbel;

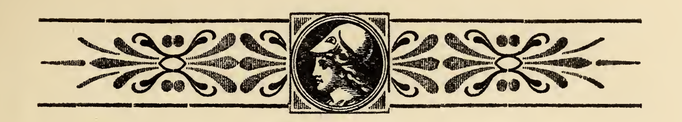
Que parecia, sobre el borde alzado,
Con sus ojos salientes, espiár
La espresion de su rostro reflejado
Del agua sobre el límpido cristal.

Bien luego quedó atras; i alegremente
Disertó cada cual sobre el amor,
Miéntras saltaba en el peñon la fuente
I sonreía sobre el agua el sol...

¿Recordareis, señora, tantas cosas
Como habeis visto i disfrutado acá?
¿Olvidareis las horas tan dichosas
Que sincera nos brinda la amistad?

No las olvidareis; i vuestra mente
Sin quererlo, sin duda, ha de evocar
Algun recuerdo del amigo ausente
O la historia del Parque Forestal.

Santiago, 1905.



Juventud, Patria i Poesía.

(A mi amigo A. Miranda)

I

Compañero, verdad, en este suelo,
Do la belleza por doquier se admira,
Necesario es pulsar bajo el anhelo
De nuestra juventud la tierna lira.

II

¿Quién no siente un impulso soberano
Al ver en primavera cuál se cubre
Este precioso i dilatado llano
De ricas flores en el mes de Octubre?

III

¿Quién no arranca una nota de armonía
Al contemplar el campo en el estío,
Si mece el aura la floresta umbría
I se desliza el murmurante rio?

IV

I nuestras playas contemplando a solas,
¿Quién no siente un placer al ver la orilla
Que acarician del mar las suaves olas,
Arrastrando la plácida barquilla?

V

I al mirar esas cumbres empinadas
Del Andes, en la tarde hácia el oriente,
Por el sol moribundo sonrojadas,
¿Quién un patrio recuerdo en sí no siente?

VI

¡Un Eden es la patria que nos guia,
Plantado de la tierra en un estremo,
Donde respira todo poesía
I todo ensalza al Hacedor Supremo!

VII

Do se eleva glorioso, independiente,
Galardon de la tierra americana,
El pueblo noble, luchador, valiente,
De la indómita raza araucana!

VIII

Por eso, amigo, nuestra frente ajita
Esa fuerza inmortal que todo admira
I a cantar las grandezas nos incita
En las cuerdas vibrantes de la lira.

IX

I en nuestra juventud que el alma goza,
Despierta un sentimiento santo i puro
Que nos hace la vida mas hermosa
I ménos triste el porvenir oscuro.

Santiago, 1905.



A un amigo

«Vanidad es amar lo que tan presto se pasa».—KEMPIS.

No te dejes llevar, amigo mio,
Por esa torpe vanidad humana
Que arrastra en su corriente,
Por fútil i por vana,
La decrépita jente
Por quien la ingrata sociedad se afana.

Guárdate de imitar en tus modales
Las siúticas maneras
De aquella juventud que en los portales,
De pié ante las vidrieras,

Cual si fueran avisos comerciales,
Pasan horas enteras
Mirando desfilar las *herederas*
Que al fin tienen mas deudas que caudales

En tu modo de ser como en tu traje,
No permitas jamas que doña Moda
Te imponga tu tirano vasallaje;
Porque al fin es el pato de la boda
El que derrocha su fortuna toda
Por querer que ninguno le aventaje:
Que así como en la noche mas oscura
Mejor el disco de la luna brilla,
Luce mas el talento i la hermosura
La persona sencilla.

No busques la amistad del poderoso,
Pues si llega a obsequiarte
Con trato bondadoso,
Lo hará por esplotarte;
Que en los tiempos fatales que vivimos,
Las estafas con mimos
Son los triunfos del arte.

Busca siempre al amigo entre tu clase
I cuida que en su chanza

Jamas se sobrepase
De la simple amistad a la confianza;
I de esto no te olvides,
Pues del mundo en las lides
Nunca falta a un Quijote un Sancho Panza.

Muchos son los que tienden una mano
Para estrechar la nuestra;
Pero a mas del hermano,
Vive Dios, que no existe un hombre sano
Que merezca la diestra.

Todo está tan perdido,
O mas propio, talvez, tan corrompido,
Que el amor al deber, dogma sagrado
A quien hemos debido
La gloria de los hombres del pasado,
Es hoi dia, sin duda,
El templo abandonado
Donde el crímen se escuda.

Allí refujio encuentra el mandatario
Que las arcas desnuda;
I la Iglesia esplotando su santuario,
Desde el púlpito esclama:

«El amor al deber es *cristianismo*»;
Miéntras grita el sectario:
«El amor al deber es *patriotismo*».

Así á la Patria en su favor invoca
El tribuno del dia,
Que el entusiasmo por doquier provoca,
Cuando quiere probar a sangre fría
Que la parte contraria se halla loca.

Huye, amigo, al contacto pernicioso
De esa tropa de viles mercaderes
Que en su vivir ocioso
Nos dice, sin querer, lo poco honroso
Del modo de adquirir esos haberes
Con que sacian, indignos, sus placeres.

Aléjate del ruido, i mas que todo,
Evita que a tu alma i a tu frente
La decrépita jente
Las salpique con lodo.

Vale mas esa vida retirada
De la serena estancia,
Que del triunfo la palma deseada,
Que trae por ganancia

La envidia de la fama conquistada
A costa, si se quiere,
Del infeliz vencido
Que al verse de su pan desposeído
I ya impotente para el triunfo, muere.

No trates de volver al buen camino
Al soberbio mágnate,
Ni te importe lo falso i lo mezquino
De los que enseñan el amor divino;
Porque, a mas que su frente no se abate,
Siempre llevan consigo
Ciertas armas vedadas al combate
Que dan cobarde muerte al enemigo.

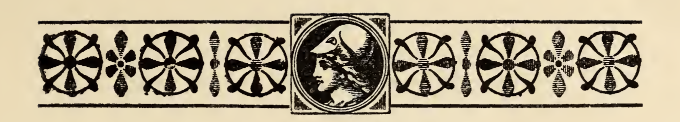
Si quieres ser feliz, ten paz i calma,
I de austera virtud da noble ejemplo;
I busca siempre a Dios dentro de tu alma,
Pero nunca en el templo.

Si buscas la verdad santa i bendita
De aquel enigma que en tu sér se ajita,
Antes de ser blasfemo,
Contempla el Universo en que está escrita,
Del uno al otro estremo,
La grandeza infinita
Del Hacedor Supremo.

No olvides que es el bien mas duradero
El estudio, que al fin la dicha labra;
I procura en tu vida ser sincero
Lo mismo en tu amistad que en tu palabra.

Defiende siempre el ideal profundo
Que cada semejante es un hermano
I haz lo increíble por el bien del mundo,
Que amar la Humanidad es ser humano.

Santiago, 1905.



Perfumes de azahar

Cuando tengamos
una casita
chica i bonita
como un jardin,
donde florezcan
las azucenas
i las verbenas
junto al jazmin:

Con que alegría
disfrutaremos
de los supremos
goces de amor,

bajo las ramas
exuberantes
de los fragantes
limos en flor

En esas tardes
de primavera,
cuando lijera
vuelva a posar
sus blancas alas
la mariposa,
sobre la rosa
i el azahar:

Con qué dulzura
sobre tu frente
el beso ardiente
sabré imprimir,
con que a la esposa
dice el esposo
cuanto es hermoso
su porvenir.

Será mui bello
mi hogar querido
como es el nido

del ruiseñor;
yo seré tuyo
tú seras mía
i mi alegría
será tu amor

Si un dia en prem io
de mis desvelos
nos dan los cielos
un serafin,
cual gozaremos
miéntras jugando
corra saltando
por el jardin.

Tendremos todo
lo necesario
en el santuario
de nuestro hogar,
un saloncito
bien amoblado,
su piano a un lado
donde estudiar.

I allá un hermoso
lecho de encajes

con cortinajes
de seda azul,
i una cunita
linda i graciosa
color de rosa
forrada en tul.

Muebles de lujo
sillas bordadas,
colchas hiladas
con tu primor,
ricos divanes
con almohadones,
cuadros, jarrones
i un Redentor.

Un escritorio
con buen estante,
donde constante
me halles allí,
siempre estudiando
para ser hombre,
digno de un nombre
que te honre a tí.

Ah! que alegría
disfrutaremos
cuando habitemos
en nuestro hogar,
junto a los limos
exuberantes
con sus fragantes
copos de azahar.

Santiago, 1905.



Ante "La Quimera".

(Escultura de N. Plaza)

IMPROVISACION

Si el alma del artista yo tuviera,
Cuántas cosas divinas me contara
El alma que destroza esta Quimera
Enjendrada en el mármol de Carrara.

Ven, maestro, i esplícanos tú mismo
Cómo pudo salvar tu diestra mano
Entre el alma i la piedra el ancho abismo,
En un rasgo de jenio sobrehumano.

Salve, hermosa creacion! para admirarte
El alma del artista yo quisiera;
Porque al fin su lenguaje tiene el Arte
Como tiene un poema «La Quimera».

Santiago, 1905.



Amor i Filosofía.

A Pedro Prado C.

I

¿Quién no ha sentido palpitar de gozo
al despuntar la aurora de la vida,
el corazon rendido i jeneroso,
cuando nos dice la mujer querida:
«Yo, tu novia he de ser i tú mi esposo»?

II

¿Quién me dirá que la ilusion primera
como un frájil castillo se derrumba;
que todo aquel amor sólo es quimera,
que cual la flor, al borde de la tumba
se deshoja al nacer la primavera?

III

¿Por qué todo ha de ser miseria i llanto,
i de la cuna a la mansion sombría
al sueño ha de seguir el desencanto
sin que tenga jamas la poesía
algo que inspire su celeste canto?

IV

¿Por qué ha de ser el corazon humano
el sepulcro de tantas ilusiones,
i no ha de haber un corazon hermano
que al impulso de nobles emociones,
nos dé un rayo de luz en tanto arcano?

V

¿Por qué la juventud, siendo tan bella,
ha de ser el objeto en que el destino
con mas furia sus ráfagas estrella,
dejando como el polvo del camino
sobre la frente del dolor la huella?

VI

¿No ha de haber en tan árido desierto
la benéfica sombra de una palma,
o el abrigo seguro de algun puerto,
en donde pueda sin peligro el alma
descansar de este viaje tan incierto?

VII

¡Oh, ceñuda i fatal filosofía,
no digais que es mentira cuanto encierra,
desde la cuna a la mansion sombría,
para nosotros esta amada tierra
que inspira nuestro canto de alegría!

VIII

¡No marchiteis la juventud hermosa
tronchando en flor sus juveniles galas,
dejad que rompa su boton la rosa
i esparza su perfume, en que sus alas
embriague la ilusion cual mariposa!

IX

En vano, en vano, la severa ciencia
del filósofo empírico i profundo
nos quiere amedrentar con la esperiencia;
pero hai algo sublime en este mundo
i es, sin duda, el amor de la inocencia.

X

Venid a combatirme, grandes sabios
que a vuestras plantas contemplais el orbe,
sin el temór de provocarme agravios,
si no es verdad que nuestra mente absorbe
la divina mujer entre sus labios.

XI

Si no es verdad que una fugaz sonrisa
o de unos ojos el divino dardo,
se lleva vuestra ciencia cual la brisa
las plumulillas de la flor del cardo
con que la grama del pensil tapiza.

XII

¡Oh, filósofos, sabios, pensadores,
que ante un problema os devanais los sesos,
meditad un instante en los amores
de nuestra juventud, en cuyos besos
hai perfumes mas dulces que en las flores.

XIII

Dirijir vuestra mente a la grandeza
que encierra el fuego del primer cariño;
cuando la sabia i gran Naturaleza
hablando aun al inocente niño
le dice al hombre que la vida empieza.

XIV

No desprecies con desdeñoso ceño
lo mas sublime al corazon del hombre;
que por mas que la vida sea un sueño
siempre llevamos al sepulcro un nombre,
santo recuerdo del primer ensueño.

XV

Enseñadnos, vosotros, el idioma
para espresar lo que el amor inspira,
cuando el clavel entre la nieve asoma
de la casta doncella que suspira
i busca de las flores el aroma.

XVI

¿Por qué en la primavera se extasía
ha hermosa niña al contemplar los nidos,
que fabrican cantando de alegría
las avecillas en la huerta umbría
entre altísimos árboles floridos?

XVII

¿Por qué se siente el alma tan dichosa,
tan feliz, tan alegre, tan contenta,
cuando miramos a la niña hermosa
que entre su blonda cabellera ostenta
nuestra obsequiada flor mas orgullosa?

XVIII

¿Por qué tienen tan gratos atractivos
para nosotros unos lindos ojos,
que son tanto mas bellos cuanto esquivos;
i nos parecen unos labios rojos
tan dulces cuanto mas despreciativos?

XIX

¿Por qué, en fin, sin saberlo nos fascina
el eco de una voz arrulladora,
i allá en la tarde cuando el sol declina,
nos parece escucharla, cuando llora,
la dulce brisa en la frondosa encina?

XX

¡Oh, dulce amor de la ilusion primera,
himno del alma a la inmortal Natura,
flor que rompe al nacer la primavera
el hermoso cristal de su clausura,
esparciendo su aroma por doquiera!

XXI

¡Embriaguez deliciosa que nos lleva
a la patria inmortal de los querubes,
donde al aliento de una vida nueva,
posada como un Dios sobre las nubes,
su canto el alma del poeta eleva!

XXII

¡No marchiteis la juventud hermosa,
dejad que luzca sus radiantes galas,
dejad que rompa su boton la rosa,
i esparza su perfume en que sus alas
embriague la ilusion cual mariposa!

Santiago, 1905.



Desde léjos

(A ORILLAS DEL RIO BUENO)

A Glafira.

Ven aquí, dulce bien mio,
a contemplar cual dilata
sus aguas el manso rio,
como una cinta de plata
tendida entre el bosque umbrío.

Aquí perfumes i amores
respira la selva umbría,
i juegan entre las flores
los céfiros bullidores
con incesante alegría.

Ven a admirar el ramaje
que se inclina sobre el agua,
i besa el manso oleaje
donde la rauda piragua
rompe de espuma el encaje.

Donde crecen los *helechos*
bajo frondosos *canelos*,
i los *robles*, satisfechos
de su firmeza, a los cielos
alzan sus troncos derechos.

Donde crecen los *mañúes*
i engalanan los *copihues*,
con sus flores los *pelúes*,
i se cimbran los *colihues*
como flexibles bambúes.

Aquí hallarán tus pinceles
paisajes bellos que creo
no ha soñado el mismo Apéles,
i encontrará mi deseo
para tu frente *laureles*.

Ven, no tardes; tu bien sabes
cuanto me agrada a tu lado

escuchar los himnos suaves
de ese lenguaje ignorado
con que se espresan las aves.

Aquí tambien al nacer
la aurora del nuevo dia,
alza el mundo de placer
con celestial armonía
un himno al Supremo Sér.

Abren sus frescas corolas
llenas de aromas las flores,
i encrespa el río sus olas
i a la selva sus amores
canta en dulces barcarolas...

Escucha mi voz sentida,
no tardes, dulce bien mio,
ven a gozar de la vida
aquí a la orilla del rio
junto a la selva florida.

Bellavista, 1906.



El monarca del bosque

Visitando un tronco jigantesco en los bosques de Llanquihue.

A María Shilling S.

Era una tarde del hermoso estío;
la fresca brisa, perfumada i grata,
mecía dulcemente el bosque umbrío
por donde iba la alegre cabalgata.

Una mostraba la veloz carrera
de su inquieto corcel, llena de gozo;
miéntras otras saltaban la barrera
que formaba en la senda un tronco añoso.

I así, de unos la alegre carcajada,
de otros la broma picaresca i loca,
nos hizo hallar tan corta la jornada,
que aunque era larga pareciónos poca.

Fué preciso cruzar la sementera
para llegar al sitio deseado,
donde se hallaba, ¡oh, Dios! quien lo creyera
el monarca del bosque derribado.

Quedamos todos al mirarle, mudos;
allí estaba el jigante yerto i frio,
aquel que opuso en los inviernos crudos
robusto tronco al huracan bravío.

Allí estaba tendido por el suelo
el mismo roble que en su altiva frente,
coronada de luz alzaba al cielo
como rei de la flora de occidente.

Pero el hombre, ese espíritu mezquino
que trata de destruir lo que no abarca,
al mirarlo indefenso, el asesino
hirió con su hacha al infeliz monarca.

Allí su cuerpo con divino llanto
riega la aurora en matinal rocío,
i entona el aura funerario canto
entre las hojas del boscaje umbrío...!

I en tanto nuestra alegre cabalgata
proseguia su marcha interrumpida,
yo esclamaba con ira: ¡oh, jente ingrata!
¿por qué así a vuestro rei quitais la vida?...

Rio Negro, 1906.



Al lago Llanquihue

A la Sta. Blanca Wevar B.

Hoi que mi vista impresionada admira,
estenso lago, tu grandeza, dime:
¿no tienes en tus bosques una lira
para cantar lo que a mi alma inspira
tu majestad sublime?

Enmudece la voz cuando Natura
en sus pájinas de oro nos enseña,
con la verdad mas pura,
la leyenda que apénas se diseña
en la Santa Escritura.

I si acaso no alcanza el labio humano
a espresar la belleza,
¿cómo podré en un himno soberano
encerrar tu grandeza?

¡Salve, hermoso Llanquihue,
orgullo de mi patria, yo te admiro
desde el rojo capullo del copihue
que mece el aura que anhelante aspiro,
hasta la nieve que circunda en torno
la sien augusta del volcan Osorno!

Cuando yo era mui niño
recuerdo que el maestro de la escuela,
con paternal cariño,
de un viejo mapa en la roída tela,
en donde el tiempo habia
señalado su estrago,
enseñaba a los niños a porfía
el contorno de un lago.
¡Quién hubiera creido
que consintiera el hado,
que todo da al olvido,
que mas tarde el muchacho vuelto en hombre
pudiera ante tu vista impresionado
cantar tu gloria i ensalzar tu nombre!

Con cuánto regocijo, los ardores
huyendo, del verano, en tus riberas,
sin temer tus furores,
me he arrojado en tus olas plañideras;
i con cuánto placer de tus orillas
he cruzado los bosques seculares
donde esparcen su aroma las frutillas,
i en los verdes quilares
pintadas avecillas
entonan sus cantares.

He aspirado con ansia el aire puro
que exhalan tus montañas,
i he descendido hasta el rincon oscuro
donde ocultan los indios sus cabañas.
¡Cuántos dulces recuerdos en la mente
resurjen al mirar en sus fornidos
i recios miembros, el vigor potente
de aquella raza heroica que de frente
combatiendo a soldados aguerridos,
demostraron al viejo continente
que deseaban morir a ser vencidos.

¡Oh, las plácidas noches del estío
cuando el cielo en tus aguas se retrata,
i desplega con brío,

como un cisne de plata,
sus alíjeras velas el navío!

¡Cuántos astros envidian tu fortuna
al ver como te besa enamorada
sobre tu faz purísima, arjentada,
la castísima luna!...

¡Salve, hermoso Llanquihue,
orgullo de mi patria, yo te admiro
desde el rojo capullo del copihue
que mece el aura que anhelante aspiro,
hasta la nieve que circunda en torno
la sien augusta del volcan Osorno!

Puerto Varas, 1906.



Harmonías

A Matilde Cañas V.

I

Qué conjunto tan bello presenta
El bosque sombrío,
La puesta del sol.
Cuántos dulces amores nos cuenta
El plácido río
Con dulce rumor.

II

De la tarde los albos celajes
Dibujan el cielo
Con oro i zafir.
Mece el aura los verdes ramajes
Del alto *canelo*
i el *roble pellin.*

III

Entre lianas ocultan sus nidos
El tierno jilguero,
La dulce torcaz.
I en los *hulmos* i *témus* floridos
El tordo parlero
Construye su hogar.

IV

En la selva millares de *helechos*
Enlazan sus hojas
Con *flor de coral.*
I el *copihue* en fantásticos techos
Ya blancas o rojas
Sus flores nos da.

V

¡Oh, qué dulce es el bosque sombrío
Que en medio su calma
Me invita a soñar,
Si al ménos pudieran las olas del rio
Llevarse de mi alma
La pena mortal!

Osorno, 1906.



Oh, dulce poesía!...

En el álbum de B. Nachmann O

Si de nuevo la dulce poesía
volver pudiera a mi olvidada lira,
en ella te cantara, amiga mia,
todo el amor que tu amistad inspira.

Pero en vano es pedir flores al huerto
que vió caer sus hojas en otoño;
ni ménos ¡ai! a mí, pobre árbol muerto
sin esperanzas ya de algun retoño.

Murió hace tiempo la ilusion querida,
casi al instante de dejar la cuna,
las mas hermosas flores de la vida
empecé a ver morir una tras una.

Pasaron tan veloces las tranquilas
horas de mi niñez encantadora,
que no sé si lloraron mis pupilas
el nacer o el morir de aquella aurora.

Recuerdo apénas esa imájen bella
de la mujer que me llamó su dueño;
que el tiempo ha de borrar sin dejar huella
pues al fin el amor no es mas que un sueño!

Por eso es que mi canto, amiga mia,
ya no puede espresar mi sentimiento,
i le niega la dulce poesía
su ropaje de luz al pensamiento.

Si de nuevo a mi lira, Berta hermosa,
su dulce acento el ruiseñor le diera,
como ayer, en un pétalo de rosa
un poema de amor yo te escribiera.

I al estallar la inspiracion ardiente,
yo podria encerrarte en cada verso,
los secretos que el Dios Omnipotente
colocó en cada sol del universo!...

Pero en vano es luchar; ¡quien pensaria
que fuera el corazon a los veinte años,
el duro mármol de la tumba fria
do guarda juventud sus desengaños!

Mas, nó por eso, amiga, de mi canto
escuches impacible el triste acento,
pues si es dulce el amor, tambien el llanto
es la voz inmortal del sentimiento.

Santiago, 1906.



Pasion

Quién pudiera decirte, alma mia,
de rodillas postrado a tus plantas:
«Perdonadme, no puedo olvidarte
yo te quiero con toda mi alma!»

Quién pudiera tenerte a mi lado
un instante tan sólo, mi amada,
bajo el verde follaje del bosque
sobre el suave tapiz de la grama.

Cuántas cosas podria decirte
que no es dado a mi pluma espresarlas;
cuántas cosas, mujer, te diria
al sonoro reir de las auras.

Cómo viera tus frescas mejillas
sonrojarse al oir mis palabras,
i asomar la sonrisa amorosa
a tus púdicos labios de grana.

I allí solos los dos, sin que nadie
sorprendiera mi voz ni tus lágrimas,
estrechar en mis brazos tu cuerpo
como el lago al bañarte en sus aguas.

I escuchar de tus labios el ruego
penetrar en el fondo de mi alma,
como el eco fugaz de una nota
arrancada a las cuerdas del harpa!...

Santiago, 1906.



La selva inútil.

A LA JUVENTUD INTELECTUAL DE CHILE

(En la eleccion presidencial)

I

Siempre hermosa i festiva por oriente,
La aurora despuntaba,
Uniendo el oro de sus bucles rubios
Con los hilos de plata,
Que en la cabeza de los Andes forman
Las venerables canas,
Testigos de los siglos que pasaron
I de los siglos que vendrán mañana!
Sobre los quedos campos adormidos
En lechos de esmeralda,

Sobre los montes de onduladas cuestas
De cumbres escarpadas,
Esparcía su frente esplendorosa
La nueva luz del alba,
Que cual clarin de guerra
Por doquier se dilata
Llamando a los humanos, de la vida
A la eterna batalla.

II

Junto a la márjen de un airoso rio,
Que busca la hondonada
Cruzando atajos i salvando peñas
Para dar curso a sus veloces aguas,
Como busca el chileno libertades
Cuando se quiere encadenar la patria,
A la sombra magnífica del bosque
Sobre la verde falda
Donde olea la hermosa sementera
I se acarician del maizal las cañas;
Habita un jóven labrador, fornido,
Con su madre adorada,
Unico encanto que en la ingrata vida
Alegra su cabaña,
La que a costa de tantos sacrificios

Arrancó de las garras
De aquel señor feudal que tanto tiempo
Dominó la montaña
Disponíase ya cual de costumbre,
Al despuntar el alba,
Para empezar de nuevo su faena,
A trepar la montaña,
Puesto al cinto el machete temerario
I puesta al hombro el hacha;
Cuando su madre le llamó á su lado
I dijo estas palabras:
—«Llegó el tiempo dichoso del trabajo,
Ya pasó la estacion de las borrascas,
I es preciso, hijo mio,
Procurar ante nada
Remudar los pilares que sostienen
A duras penas nuestra vieja casa,
Para tener seguro nuestro albergue
Cuando retorne la estacion helada.»

III

Partió el robusto labrador al bosque,
Que oculta con sus ramas
Las cristalinas fuentes que del llano
La ardiente sed apagan,

Para subir después hasta las flores
Convertidas en savia.
I en tanto dirijía por doquiera
Su vista en la montaña,
Buscando el árbol de robusto tronco
Que digno fuera de oponerse a su hacha,
I convertido en viga le brindase
Un seguro sosten para su casa:
Iba cantando de su bella tierra
Las alegres tonadas;
Tiernas estrofas en que guarda el pueblo
Las dulces remembranzas
De las pasadas glorias que obtuvieron
Los hijos de la patria,
I que son el espejo en que se mira
La nueva juventud que se levanta;
Ya que la sociedad no le da ejemplos
De virtud, que en sus almas
Venga a ser la semilla que aproveche
El surco bienhechor de la enseñanza.

IV

Cuando su hermoso disco el sol ardiente
En la mitad del cielo destacaba,
Mui triste i pensativo

El jóven labrador tornó a su casa;
I sentándose al lado de su madre,
I descolgando de su cinto el hacha,
Le dijo entristecido,
Temblándole la voz en la garganta:
—«No hay un árbol derecho ni robusto
Que en toda la montaña
Pueda ser elejido
Para ser el pilar de nuestra casa;
Ninguno recto i firme
De entre tantos arbustos se levanta;
Todos tienen un tronco diminuto
I luego muchas ramas
Cubiertas de hojas verdes i lucientes
Que no sirven de nada,
De donde no es posible sacar vigas
Que de nuestra cabaña,
Soporten la techumbre que nos brinda
Seguro albergue en la estacion helada.»

V

Calló el mancebo,
I la aflijida madre
Al pensar en la ruina de su casa
Lanzó un hondo suspiro,

Enjugóse una lágrima,
I replicó con maternal cariño
Aparentando calma:
—«Ya se alzarán altivos los retoños
De los hermosos robles que ostentaban
Robusto tronco al huracan bravío,
Que en medio de la borrasca,
Como un eco de guerra
Que doquier se dilata,
El crujir de sus troncos repetía
La tierra en sus entrañas.
Pero el tiempo ceñudo,
Que hasta la roca del peñon socava,
Fué por tierra uno a uno derribando
Hasta dejar la selva despoblada.
Espera con paciencia
Que venga esa mañana,
En que al cielo levanten los retoños
Fornidos troncos sin mentidas galas,
Cual las que ostenta nuestra selva inútil
En sus tallos endebles i en sus ramas.»
Enmudeció su voz consoladora,
I el eco de sus últimas palabras
Repercutió en la selva
Cual postrero clarin de una batalla.

VI

Aquella madre cariñosa i tierna
Es la imájen querida de la patria,
Que al ver desgobierno
Quiere evitar la ruina de su casa;
I al hijo amante, al labrador fornido,
Que es nuestro pueblo, que a la ruda España
Conquistó palmo a palmo su terruño,
Derramando su sangre en cien batallas:
Ordena que del tronco mas robusto
Labre el firme pilar de la cabaña,
Que es el hombre capaz
De sostener las glorias de la patria.
Pero ¡ai! que en vano en esa selva inútil,
Orgullo de las épocas pasadas,
No hai un hombre que eleve sus ideas
Cual roble secular de la montaña,
Como aquellos que fueron otro tiempo
El seguro sosten de nuestra patria.
Por eso, juventud, alzad la frente
I en nuestra edad pasada,
Buscad ejemplos de virtud que puedan
El acero templar de vuestras almas.
Que el honor, el deber i la justicia

Cual gloriosos pendones de batalla
Nos lleven por la senda victoriosa
Que trazaron los padres de la patria.
¡Arriba, juventud, alzad la frente
I empiece la jornada!

Santiago, 1906.



A la Instrucción

Leída en el 93 aniversario de la fundacion del Instituto Nacional.

Obra sublime del esfuerzo humano:
Yo te saludo, i a mi humilde lira
Quiero arrancar el himno soberano
Que tu grandeza inspira.

Es tiempo ya que la bendita ofrenda,
De mi alma agradecida,
Venga a dejarte al fin, madre querida,
Tu que la hermosa senda
De la verdad mostraste a mi vida,
Arrancando la venda
De la ignorancia i de la fe mentida.

Todo podrá borrarse en mi memoria:
La dulce imájen del primer cariño,
Los aplausos de gloria,
Pero no así las gratas impresiones
Que en mi alma de niño
Dejaron del maestro las lecciones;
Cuando con dulce acento
Solia sus profundas convicciones
En la cera grabar del pensamiento.

Para cantar la obra bienhechora
De la instruccion, preciso
Le seria a mi mente creadora
Sorprender aquel himno con que quiso
Cantar la luz de la primera aurora
La grandeza inmortal del Paraíso!

¿Quién podría decir que no ha sentido
Al pensar en sus viejos profesores,
De gratitud el pecho conmovido
Al pensar en sus múltiples favores?

¿Quién podria negar los beneficios
Que derrama el saber en nuestra mente;
I cuántos sacrificios
Se impone el sembrador de esa simiente,
Cuando a veces en suelos no propicios,

Obedeciendo a su doctrina santa,
Le es necesario sin dañar la planta
Arrancar la maleza de los vicios?

La Instruccion es la luz: talvez sin ella
Imposible nos fuera,
Darnos cuenta de cómo en su carrera
Sorprende el hombre la perdida estrella
Tras de la inmensa i azulada esfera.
De como en cada flor i en cada fruto
La célula invisible solo encierra
El eterno tributo
Que le brindan los senos de la tierra;
de cómo en su paso progresivo
Ha podido llegar a la grandeza,
Que hoi el mundo disfruta,
El hombre primitivo
Que en la indefensa gruta
Disputaba sus hijos i su presa
Al diente agudo de la bestia hirsuta.

Ella nos muestra al mundo
Surjiendo del profundo
Letargo en que yacia sepultada
La materia por siglos eternales,
Constituyendo la impalpable nada
De los vastos espacios siderales.

Nos lo muestra en seguida
Poblado de naciones,
Que derraman el jérmen de la vida
Del orbe por las múltiples rejiones:
Ora del polo en los eternos hielos
Los pobres esquimales,
Ora el nubio, el ejipcio, el africano,
El indio americano,
Gozando de los bosques i los cielos
De los hermosos climas tropicales.

I entre las hojas de la Historia, luego,
Nos muestra como ejemplos:
Ya el amor al deber del pueblo griego,
Que nunca se estinguió miéntras el fuego
Ardió ante el ara de sus bellos templos;
Ya las profundas leyes
De aquel pueblo romano
Que hizo llegar su accion hasta sus reyes,
I al sentirse del orbe soberano,
Mandó grabar por lema en sus blasones:
«No hai mas que la razon i mis lejiones».
I de pronto la pájina grandiosa
Nos muestra de la Historia
Donde escritas dejó Minerva diosa,
Estas palabras: *Libertad*, *Victoria*.

Despierta en este instante
La Humanidad de su profundo sueño
I dice: «*En adelante*
Ya no habrá mas esclavo ni mas dueño».

I desde este momento,
De un polo al otro polo
Difunde la instruccion su luz hermosa,
Alza el vuelo atrevido el pensamiento,
I ya nadie está solo,
Porque el cerebro humano
Nos ha enseñado en su ideal profundo,
Que cada semejante es un hermano
I un solo hogar el mundo.

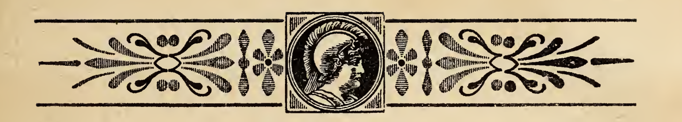
Por eso, Juventud, si en vuestros pechos
Ya palpitan anhelos de grandeza,
Amad mucho al estudio, i satisfechos
Os sentireis mañana,
Cuando veais coronado por los hechos
El sacrificio de la edad temprana!

Santiago, 1906.

FE DE ERRATAS

ADVERTENCIA.—Despues de correjir las faltas indicadas, rómpase este papel.

Páj.	Línea	Dice	Debe decir
64	18	del	el
67	6	disputábamos	disfrutábamos
84	5	delces	dulces
129	5	olvides	olvide
152	12	dice	dicen
168	7	ha	la
189	6	impacible	impasible



ÍNDICE

PÁJS.